

Mazzoleni, en el tercer capítulo, trata *La production épigraphique dans les catacombes romaines*. Hay más de cuarenta mil inscripciones de las catacumbas romanas, todas ellas datadas entre los siglos III y V. El A., que se apoya en Angelo Silvagni (a partir de 1922), seguido por Antonio Ferrua, ha avanzado notablemente en el estudio del abundante material. Presenta el fruto de sus trabajos sobre el origen (lo sitúa en los inicios del siglo III) y la evolución de la epigrafía cristiana; los patronímicos cristianos que aparecen en las inscripciones; la sociedad cristiana que descubren: oficios y profesiones, dedicando una mención especial a los cristianos que se dedicaban al mundo del espectáculo; el mundo de los clérigos en el que incluye a viudas y vírgenes (tal vez, podría haberse titulado, el mundo eclesiástico, pues, como es sabido, las viudas y las vírgenes, realizaban en esos momentos unas funciones de servicio a la comunidad que entraban en el entorno de la curia diocesana); estudia también las transformaciones de la lengua; las expresiones de afecto y sentimientos; la fe y devoción; el culto a los mártires (incluye estupendas fotografías de grafitos junto a las tumbas).

Una amplia bibliografía y una relación de la procedencia del material gráfico se insertan al final de esta obra de gran interés para historiadores y arqueólogos.

E. Luque Alcaide

José Antonio IÑIGUEZ HERRERO, *Arqueología cristiana* («Manuales de Teología», 37), EUNSA, Pamplona 2000, 260 pp.

José Antonio Iñiguez, profesor visitante de Arqueología Cristiana de la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra, cursó estudios en la Academia de Bellas Artes de San Fernando, donde ingresó en 1948. Es Doctor en Arquitectura y en Derecho canónico, y tiene en su haber muchos años de docencia de arqueología cristiana. Fruto de ese trabajo empenado en acercar a los alumnos el sentido y

la clave de los restos de la vida cristiana de la Antigüedad paleocristiana, es este libro que refleja la madurez de docencia y las dotes de buen arquitecto y sensibilidad artista del autor.

Iñiguez se propone seguir unos principios fundamentales que mantiene con fidelidad a lo largo de la obra: exponer realidades globales de la arqueología que permitan establecer alguna teoría, sin pararse en la minucia de fenómenos puntuales; ofrecer dibujos, espléndidamente conseguidos, que manifiestan el estado primero del monumento estudiado, a la vez que los que reconstruyen las etapas de su excavación; conceder la misma importancia al texto escrito que a los dibujos que lo acercan al estudiante, enfoque novedoso en los tratados actuales sobre la materia.

Nos encontramos, pues, ante un manual espléndido que, a través de los monumentos artísticos, acerca al cristianismo vivido en los ocho primeros siglos de la Iglesia. En el capítulo XI Iñiguez presenta los temas de la fe y de la vida religiosa de las primeras generaciones cristianas.

E. Luque Alcaide

Leander E. KECK, *Who is Jesus? History in Perfect Tense*, University of South Carolina Press, Columbia [South Carolina] 2000, 208 pp.

Este pequeño y sugerente tomo sobre Jesús, incluido en el catálogo de la University of South Carolina Press, que publica habitualmente obras de teología evangélica, desafía al lector a pensar en serio no sólo sobre la figura histórica de Jesús sino sobre su significado actual en la vida espiritual del hombre contemporáneo. Es, por tanto, una crítica certera de la tendencia de quienes, al buscar el Jesús de la historia, se desentienden de la presencia de Jesús en sus vidas.

Su autor es profesor emérito de teología bíblica en la Universidad de Yale y editor de

«The New Interpreter's Bible». El objetivo que se propone con su obra queda reflejado ya en los tiempos verbales presente y perfecto que aparecen en el título; el conocimiento y la fina habilidad crítica de Keck confieren a su descripción de la búsqueda del Jesús histórico lucidez y gran interés. Pero aún más interesante y oportuno es el énfasis sobre el significado de Jesús en el presente, lo que se puede llamar con exactitud «la presencia del pasado». Keck no pierde de vista que en cualquier búsqueda del Jesús histórico hay una cuestión crucial: la constatación de que Jesús vive. Su muerte y resurrección, el Gólgota y la Pascua, han cambiado radicalmente toda la existencia y la civilización humana. «Quien quiera entender la historicidad de Jesús (su condicionamiento por el tiempo y sus circunstancias), debe tener en cuenta igualmente, y tal vez más todavía, su propia historicidad». Esta admisión esencial está ausente en muchos retratos de Jesús que no son sino autorretratos del escritor o historiador en cuestión.

Muy oportuna es también la observación de Keck de que muchos investigadores creen que han terminado su trabajo cuando concluyen que según la mejor y más rigurosa investigación historiográfica moderna «Jesús de Nazaret no dijo esto o aquello». Muy al contrario, estos investigadores no han hecho más que empezar su trabajo. Porque aunque ese tipo de aseveraciones sean verdaderas (o lo sean en el momento para una mayoría de investigadores), las preguntas más importantes son las que, en buena lógica, deberían seguir a aquella conclusión. Por ejemplo: (1) ¿por qué se empeñó la tradición en decir que Jesús dijo esto o aquello? y luego, (2) aunque podamos decir ahora, según el rigor impuesto en el quehacer historiográfico moderno, que Jesús no lo dijera, ¿es verdad lo que la tradición afirma que dijo? Buscando esa «presencia del pasado» en la investigación moderna sobre el Jesús histórico, Keck escoge cuatro aspectos: Jesús como judío, Jesús como maestro, la muerte de Jesús y el Dios vivo, y por fin, el

papel de Jesús en la vida moral. Los cuatro son fundamentales, y los cuatro capítulos ayudan a perfilar el retrato de Jesús y su importancia viva y presente. Evidentemente, no constituyen una cristología, al estilo de la sistemática teológica, pero entran en discusión con una opinión muy generalizada de la crítica contemporánea, que se sitúa a propósito al margen de las cuestiones dogmáticas, como en el borde entre lo meramente histórico y el horizonte de las creencias.

Por ejemplo, Keck recuerda algunas deficiencias modernas o aspectos que han caído sin más en el olvido. Uno de ellos es la santidad de Dios. Es cierto que ha habido abusos en el sentido contrario (una excesiva sacralización que tarde o temprano lleva a desacralización o derrumbamiento de tabús y otras abominaciones). Sin embargo, el Viernes Santo no muestra la indiferencia de Dios sino la diferencia, es decir, su ser Otro, su santidad. Recuperar la santidad de Dios es el primer paso para reconstruir la fe, y que Dios es santo en lenguaje hebreo no es añadir otro atributo a una larga lista, sino expresar que es diferente de todo. No sólo santidad óptica sino moral, es decir, una santidad que confronta a todos los seres humanos y exige de ellos la santidad. Por eso escribe el autor: «Un amor que se hace a sí mismo vulnerable a la profanación para redimirnos es un amor apasionado pero no sentimental». Keck muestra la profunda confirmación del Antiguo Testamento en la escena del Gólgota. La hermenéutica del Calvario construye el tiempo perfecto de la muerte de Jesús.

He aquí una obra escrita por un veterano investigador de la Sagrada Escritura, profesor en la Facultad de Teología de la Universidad de Yale (en la que fue también decano), que invita no sólo a la reflexión sobre la investigación misma y los límites de la historia, sino también, y muy en particular, a la meditación espiritual, haciendo de las dos maneras aún más urgente la pregunta del título.

A. de Silva